

A propósito de Rayuela

A 104 años del nacimiento de Julio Cortázar es bueno recordar su obra más emblemática.

En 1963 sucedieron relativamente pocos acontecimientos de destaque, el más recordado, sin duda fue el asesinato de John Kennedy en noviembre. Antes, el teléfono rojo -que en realidad era negro- se instaló entre Washington y Moscú, en donde estaba Nikita Krushev. Es el año en el que Martin Luther King pronuncia su famoso discurso "I have a dream". También es el año en que el General de Gaulle veta el ingreso de Gran Bretaña a la Comunidad Europea. En Roma el cardenal Montini, con el nombre de Pablo VI, es elegido Papa. En Estados Unidos se realizan media docena de pruebas subterráneas con artefactos nucleares en el desierto, a 100 km. de Las Vegas. Los rusos ponen en el espacio a la primera mujer cosmonauta, Valentina Tereshkova.

En cine se estrena *El Silencio*, *Los pájaros*, *El Gatopardo* y *Felini 8 ½*, por citar algunos títulos. La Beatlemania se expande por el mundo. Se publica *La fuerza de las cosas* de Simone de Beauvoir, *Eichmann en Jerusalén* de Hannah Arendt, *La Ciudad y los perros* de Mario Vargas Llosa, *La mala hora* de Gabriel García Márquez, *Opiniones de un payaso* de Henrich Böll, *Seymour, una introducción* de J.D. Salinger y, por supuesto, *Rayuela* de Julio Cortázar. Pero a los efectos de la literatura, y no sólo la latinoamericana, ese es el acontecimiento.

Sobre *Rayuela* se ha dicho y escrito mucho desde que fue publicada. Este libro todavía hoy aporta valiosas opiniones e interpretaciones. Solo voy a destacar dos aspectos, uno de ellos muy aceptado: *Rayuela* es, sin dudas, una novela sobre la búsqueda. El otro, quizá controversial, es que a mi modo de ver *Rayuela* no es una novela experimental porque Cortázar no buscó un experimento narrativo sino que la escritura rupturista de *Rayuela* fue su manera de expresar lo que quiso decir, también en la manera de hacerlo. Esto lo digo no como comentarista sino como autor.

Muchas de las grandes novelas de la literatura se centran en la búsqueda -real o simbólica- y a partir de esa condición, *La Odisea* es una obvia referencia y el regreso a Ítaca implica la búsqueda del hogar perdido, la recuperación de todo lo anterior a la guerra de Troya. De la misma manera, la *Commedia* puede leerse como la búsqueda y el reencuentro de Dante con Beatriz en el trasmundo. Obviamente, desde su título, Proust la establece en *A la búsqueda del tiempo perdido* y Onetti, en *La vida breve*, intenta ser otro y busca la evasión del mundo real a partir de la creación de otro paralelo y fundacional con Santa María. Los ejemplos podrían seguir, pero en el caso de *Rayuela* la condición de novela de búsqueda se expresa en la primera línea del capítulo 1, por más que el autor nos recomiende empezar por el 76: “¿Encontraría a la Maga?”

A partir de esa pregunta misteriosa porque en ese momento no sabemos quién es la Maga, *Rayuela* despliega una búsqueda que por supuesto no incluye solo a la Maga sino que involucra una serie de dimensiones existenciales, artísticas, afectivas, culturales, eróticas, morales y psicológicas que pueden resumirse en la aspiración de encontrar el centro de la existencia y en la verdadera realidad que existe por debajo o por encima de esa realidad que continuamente malinterpretamos o no sabemos ver.

El “omphalos” que busca Stephen Dedalus en *Ulises* -otra novela de búsquedas- es la *Terra incógnita* que Horacio Oliveira persigue -tal como se plantea en ese soberbio ensayo general de *Rayuela* que es el relato “El perseguidor”- y se afana en descubrir en los dos hemisferios principales de *Rayuela*: el lado de acá y el lado de allá.

Esa búsqueda de Oliveira como personaje central de *Rayuela* es también la búsqueda del autor que, a través de la arquitectura laberíntica de la obra, de su desconstrucción del tiempo y la indeterminación de su secuencia, convierte a París, sus calles, plazas, puentes, parques, bistrós, apartamentos umbrosos y malolientes, y todos los demás lugares que se mencionan en un dédalo para extraviarse y a la vez encontrarse del otro lado, que no es el de allá ni el de acá.

Esa apropiación del espacio de esa “ciudad fabulosa” es un gesto no solo literario sino el manifiesto de la conquista de lo parisino como territorio novelístico por alguien que desde 1951 había abandonado su Banfield bonaerense por ese París en el que ha sufrido para abrirse paso en el mundo de la cultura y la creación.

En el momento en que Cortázar llega a París, la cultura de la posguerra se había convertido en la cultura de la modernidad. Con Berlín colapsado por la derrota, Londres resistente pero recientemente bombardeada y Estados Unidos erigido en el faro de la democracia triunfante, el París ocupado había dado paso a la capital del existencialismo, la música dodecafónica, el arte abstracto, Ronald Barthes, Sartre, Georges Bataille, Pierre Boulez, Jean Cocteau, Alain Robbe-Grillet, Foucault, Michel Buttor, la revista *Tel Quel* y el cine de la *Nouvelle Vague*. Con esto quiero decir que si Cortázar se hubiera quedado en Argentina, jamás hubiera podido escribir *Rayuela*, porque *Rayuela* es un producto híbrido entre dos realidades: el norte europeo, parisino, etnocentrista, civilizado, indiferente, decadente si se quiere, por supuesto simbolizado por la metrópolis llamada comúnmente *Ciudad Luz*.

El sur es Buenos Aires, Traveler, Talita, el manicomio, el tablón como absurdo rito de paso hacia otra realidad que no excluye un posible suicidio de Horacio Oliveira. Porque *Rayuela* es también la revancha del exiliado, el esfuerzo de Cortázar por demostrarse y demostrar(nos) que él puede manejar toda esa cultura tan de metrópoli y zampárles en la cara una novela que patea todos los tableros que en ese momento condicionaban la escritura.

Al quietísmo exasperante de la llamada novela objetal y a esa imposible objetividad de Robbe-Grillet, que Ernesto Sábato criticó en un ensayo, Cortázar le responde con su búsqueda del absoluto y de esa otra realidad que existe más allá de lo dado y aceptado.

Es *Rayuela* un proyecto de ruptura radical, un alegato para hacer visible lo invisible y una búsqueda de ese otro lado que no es ni el de acá

ni el de allá, pero que tampoco se ubica en los capítulos prescindibles. Lo más importante en *Rayuela* no son las respuestas sino las preguntas.

Toda esa realidad cultural de la época es absorbida y vivida por Cortázar, que es verdaderamente culto y sobradamente inteligente - maestro normal, profesor de literatura, traductor de Inglés y Francés, músico aficionado y erudito en jazz y en todo lo que es arte- aunque en *Rayuela* sus personajes y el entorno remiten, sobre todo en el jazz que escuchan, a una época anterior que es la del *bebop*. Pero esa búsqueda, que se expresa en la pregunta que abre la novela en el orden “normal”, está signada también por el deseo, que es el motor que moviliza al hombre desde que pudo caminar erguido y articular un pensamiento.

El “Kibutz del deseo” que intenta habitar y vivir Oliveira a partir de los sucesivos vínculos sexuales que van pautando su itinerario en la novela, desde la Maga, pasando por Pola o Talita e incluyendo su decadente experiencia con la clochard Emmanuele, expresan un poderoso motor que funciona por fuera de lo intelectual, pese a que ese distanciamiento inhumano que a veces esgrime Horacio -como en el episodio de la muerte del bebé Rocamadour- es solo un acto defensivo y quizá una cobardía. El feminismo actual no acepta hoy un personaje como Oliveira.

“Buscar es mi signo” dice por ahí Oliveira. Pero para buscar y encontrar primero es necesario perderse. Ese es el sentido de la estructura y la condición de artefacto lúdico de *Rayuela*. La pérdida absoluta, el vagabundeo incesante, el merodeo que acerca y aleja de la verdad. Esto último me lleva a la segunda aseveración de esta breve reflexión. No hay nada experimental en *Rayuela* en el sentido de “hagámos esto a ver qué pasa”. El cuaderno de bitácora que se agrega en la edición Aniversario demuestra que hubo mucha reflexión en la cocina de *Rayuela*, mucho mapa, mucha tentativa esbozada, mucha fórmula de tanteo. Después de publicada, a *Rayuela* no se le cambió una coma.

Por supuesto que era muy tentador presentar la obra como un experimento, inclusive definirla como surrealista y todas esas etiquetas que a Cortázar debieron parecerle hijas de lo que él quería desbaratar.

Una cosa es admitir el azar en la creación, lo casual como resorte o el mezclar capítulos como en un puzzle que se desarma; otra es definir un proyecto tan rupturista y audaz, personalísimo y consciente por parte del autor, como un experimento.

Rayuela fue una osadía, un combate, un sueño desaforado, un momento mágico de la década del 60, pero no un experimento. Y permitir que el lector interviniese en su orden y secuencia de capítulos, es otro malentendido. Cortázar maneja al lector, como lo hace Henry James habitualmente o lo hizo Onetti en *Los adioses*. En sus cuentos, Cortázar es un consumado malabarista del efecto y la sorpresa. Piensen por ejemplo en *Continuidad de los parques* o *Instrucciones para John Howell*. En *Rayuela* lo hace doblemente proponiendo un itinerario que hasta mapa incluye. Nos hace elegir entre el “orden sucesivo” del capítulo 1 al 56 y el otro, más provechoso según su gusto. Insisto: nada hay de experimental en eso. Por más que diga que *Rayuela* es muchas novelas y por lo menos dos. El orden aleatorio no es una tirada de dados, está gobernado por el autor. Y es el autor quien nos obliga a tomar una decisión para elegir la forma de lectura de la novela.

Por último diré algo personal: de todos los autores que he leído, Cortázar es el único -junto con Borges- al que hubiera querido conocer personalmente. Lo descubrí joven y entonces los de mi generación lo veíamos casi como una estrella de rock. Esperábamos sus libros como si fueran discos de los Beatles o los Rolling Stones. Y a propósito de discos, escuchábamos uno, *Cortázar lee a Cortázar*, para disfrutar de su peculiar manera de decir, con esas “egres” tan características y esa cadencia inconfundible de su fraseo.

Cuando leí y me deslumbré con *Rayuela*, ya me había lanzado a la aventura de escribir. Pero no soñaba comentar la estupenda edición Aniversario de *Rayuela* en homenaje al cronopio. Gracias Julio, por haberme enseñado tanto.